

## El hada madrina

Sergio González Rodríguez \*

Siempre me ha intrigado una manía de los universitarios: sacralizar el lugar donde estudian, trabajan, se divierten o, en buena parte, realizan tareas muy nobles pero alejadas de la enseñanza y el aprendizaje curricular, por ejemplo, fumarse un cigarro de marihuana, manosear a la novia o al novio en un rincón o entregarse a festivas coyundas sexuales de uno u otro signo en salones o cubículos solitarios. Incluso en sus deprimentes letrinas.

Ante dichas realidades, no entiendo –pero asumo las justificaciones de por medio– la insistencia de conjurar a los cuatro vientos en nombre de la “Máxima Casa de Estudios” y el “Alma Mater”. O, a la menor provocación, sacar a relucir el lema aquel de “Por mi raza hablará el espíritu”, que tanto le debe a la esquina de Herder con Vasconcelos. Me resisto a creer que una “raza” tan aguerrida como la de los universitarios resuma su espíritu cada vez que abre la boca.

Los estudiantes de la UNAM tienen fama mundial más por episodios de épica estudiantil, que por sus logros científicos o en torno del saber: insurrecciones, huelgas, paros, bombazos, pandillerismo, manifestaciones, intromisiones de la autoridad, violaciones –a la autonomía–, ocupaciones militares y policíacas, muertos en un túnel del estadio, petardos deportivos, etc. Las imágenes que expresan tales situaciones constan en archivos internacionales como un jardín de la beligerancia mexicana.

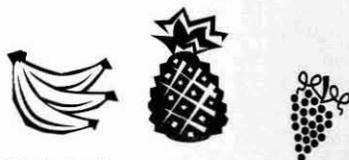
Tengo una hipótesis al respecto: el espíritu de los universitarios está poseído en realidad por una hada madrina: la compañera Alcira, mis amiguitos. Todavía en los años ochenta, solía verse por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras su figura espectral, huesuda y alta como una figuración extraída de una obra de Shakespeare montada por preparatorianos de Atlixco, Puebla.

\* Crítico, narrador y ensayista.

Confieso que la primera vez que la vi me dio miedo: Alcira tendría entonces –o aparentaba– más de sesenta años. Rubia, canosa de mechas lacias, desdentada, un haz de arrugas en el rostro y una alegría juvenil que la llevaba a gritar consignas en nombre de la libertad de los pueblos latinoamericanos a lo largo y a lo ancho de la facultad, en las aulas, las escaleras o las oficinas. Alcira se había vuelto una leyenda viva, es decir, un mueble más en los inventarios de la UNAM.

Uruguaya de origen, había llegado a México en una fecha indecisa que colaboraba a su mitología personal: lo mismo se decía que estaba acá desde 1956, que a partir de 1962 o 1967. El caso es que Alcira, que ante todo se definía como poeta, era como los surrealistas de viejo cuño: una loca que simulaba ser cuerda o una cuerda que se hacía la loca. Su *leit-motiv*, razón de ser, leyenda o pretexto íntimo –todos tenemos uno– era el siguiente: cuando el ejército tomó la UNAM en 1968, Alcira permaneció durante días en el heroico reducto de un baño de la Facultad de Filosofía y Letras. Esta hazaña la hacía bastión de la raza que habla por el espíritu.

Christopher Domínguez Michael me ha contado que, durante la época en que Gonzalo Celorio fue director de la Facultad, Alcira fue devuelta a sus tierras uruguayas mediante lo que debió ser una estrategia digna de un dios germano, por ejemplo, el temible Pórr (Cfr. Georges Dumézil, *Los dioses de los germanos*, Siglo XXI Editores, 1990; esta referencia bibliográfica no está puesta para hundir a mi estimado Gonzalo ni por presumir erudiciones que estoy lejos de sustentar, sino porque sí). Y es que Alcira se había vuelto una pesadilla, el fantasma del castillo, la abuelita incómoda, el esqueleto de carnaval en la gaveta, el perro que envejece abandonado por los niños y los adultos de la casa. Una ruina, pues.



También me contó Christopher que, por algún azar del destino, Alcira acudía a refugiarse en la casa que el entonces niño rubio, ya lector precoz, compartía con su padre y su hermano. Lo malo es que Alcira algo traía contra los baños, que los dejaba hechos un asco, dignos de una tarea de fumigación extrema.

Cuando Roberto Bolaño publicó su magnífica novela *Amuleto* (Anagrama, 2000), comenté con Christopher el asunto:

—¿Qué te parece que Bolaño se haya sacado de la manga a la bruja Alcira como personaje? —le dije, insidioso, a Christopher.

El crítico torció los labios, emitió un “mfgñ” oracular, y respondió al fin, categórico y nasal como siempre:

—Si conociste a Alcira, no creo que pueda decirte mucho una novela basada en ella.

Lo primero que hice fue ir a comprar la novela de Bolaño y me senté a leerla, no tanto por contradecir al feroz crítico, que es uno de mis pasatiempos favoritos, sino porque nunca conocí a Alcira y —lo dije arriba— me intrigan los misterios de la solemnidad, la raza, el espíritu y la locura, sobre todo, cuando éstos se juntan.

La novela me impresionó por la proeza narrativa de Roberto Bolaño ante los detalles cotidianos, no sólo en el caso de Alcira, sino en el de la fauna de los estudiantes, poetas y bohemios mexicanos, que muy poco han cambiado desde 1972 o 1974, fecha en la que anduvo por acá Bolaño. Claro, la magia del gran escritor que es él le otorga una dignidad fantástica a lo que nuestra memoria tiñe de opacidad, o de contrastes y claroscuros nimios. Esta es Alcira vista por la mirada esencial de Bolaño:

En Bolívar tomé un taxi. Mientras íbamos camino a mi cuarto de azotea, que por entonces estaba en la Colonia Escandón, me puse a llorar. El taxista me miró de lado. Parecía una iguana. Creo que pensó que era una puta y que había tenido una mala



noche. No llore, güera, me dijo, no vale la pena, ya verá cómo mañana ve las cosas de otra manera. No se haga el filósofo, le contesté, y conduzca con cuidado. Cuando bajé tenía los ojos secos.

Alcira, que en la novela *Amuleto* lleva el nombre de Auxilio Lacouture, deja transcurrir su vida entre desveladas con poetas jóvenes mexicanos en cuartos de azotea, cafeterías o cantinas obsoletas del Centro, incurre en peripatéticas conversaciones que conducen al dispendio emotivo, cuando no divaga por su “adorada Facultad de Filosofía y Letras, con sus odios florentinos y sus venganzas romanas”. En ningún otro libro he encontrado, como en las obras en las que Roberto Bolaño asume el tema y los personajes mexicanos, el tino luminoso para descubrir una gran materia literaria que a nosotros, al menos hasta ahora, se nos escapa. Allí está *Los detectives salvajes* (Anagrama, 1998) y los mejores cuentos de *Putas asesinas* (Anagrama, 2001). Sobre Alcira/Auxilio, describe Bolaño uno de sus raptos visionarios:

Pensé: estoy en el lavabo de mujeres de la Facultad de Filosofía y Letras y soy la última que queda. Iba hacia el quirófano. Iba hacia el parto de la Historia. Y también pensé (porque no soy tonta): todo ha acabado, los granaderos se han marchado de la Universidad, los estudiantes han muerto en Tlatelolco, la Universidad ha vuelto a abrirse, pero yo sigo encerrada en el lavabo de la cuarta planta, como si de tanto arañar las baldosas iluminadas por la luna hubiera abierto una puerta que no es pórtico de la tristeza en el *continuum* del Tiempo. Todos se han ido, menos yo. Todos han vuelto, menos yo”.

Hay muchísimos hijos de Alcira en la UNAM.

Asistir al parto de la Historia —ese embeleco de fuente marxiana—, ha llenado los sueños de legiones de universitarios en los últimos 30 años, para no ir más lejos. *In The Name Of My Race speaks its Spirit*. Por eso me deprimen tanto las letrinas de la UNAM.✽